

La velocidad de la arquitectura china

Gritas, el eco no existe
Bei Dao

La toma aérea era melodramática. Una casa pequeña al centro de un foso de tierra excavada de diecisiete metros de diámetro y diez metros de profundidad en una manzana lista para recibir los cimientos de un futuro centro comercial. Alrededor, edificios. En la azotea de la vivienda, una bandera china. Doscientas setenta viviendas ya habían sido demolidas en la misma manzana, faltaba sólo esta. Le decían “la casa clavo de Chongqing”. La imagen abarrotó la prensa internacional, los propietarios Wu Ping y Yang Wu se volvieron famosos. Luego de tres años de negarse a ser desalojados, los dueños cedieron a las presiones, tanto de los constructores como del gobierno, y fueron reubicados en una vivienda de similar tamaño en el distrito de Shapingba, a las afueras de la ciudad. Al día siguiente la vivienda fue demolida. El orden establecido siguió su curso. El gesto de los propietarios dejaba la misma sensación de heroísmo desesperado e inútil que la de aquel hombre que intentaba detener a los tanques cerca de Tiananmén en 1989. La impotencia de estos actos hace evidente que cuando China se propone dar cualquier gran salto hacia adelante no hay quien se lo impida. Lo han ensayado por milenios. Lo seguirán haciendo.

Los planes urbanos y las intervenciones arquitectónicas chinos han estado siempre ligados a la verticalidad del poder. Existe una continuidad histórica entre la creación de la Ciudad Prohibida, la remodelación de la plaza Tiananmén por Mao Zedong y la construcción de los actuales rascacielos y estadios. Son planes que van más allá de la creación de espacios para la convivencia cívica: la arquitectura se reduce a un mero símbolo, su finalidad es la demostración del poder implacable aunado a una asimilación de la modernidad que sería impensable en cualquier país occidental. El desarrollo urbanorregional de China a principios del siglo XXI es quizá el mayor experimento poblacional de la historia humana. Las estadísticas son abrumadoras. China consume el 54.7% de la producción mundial de concreto y el 36.1% de la producción de acero. En los próximos veinte años doscientos millones de campesinos emigrarán a las ciudades. Tres aglomeraciones urbanas, el Delta del Río de las Perlas, el Delta del Yangtsé y el área Pekín-Tianjin-Tangshan, concentran más de 120 millones de habitantes. Sólo en Shanghái existen 2,800 rascacielos de más de dieciocho niveles y se encuentran otros dos mil en proyecto.

Además, el nuevo hipercapitalismo comunista desborda energía y está ansioso por apantallar al mundo a cualquier costo. Todo se vale y todo está por hacerse. Es decir, es el paraíso de los arquitectos globales.

Rem Koolhaas se negó a participar en el concurso de reconstrucción del World Trade Center de Nueva York argumentando que se intentaba crear un monumento auto-compasivo a escala estalinista; sin embargo, por las mismas fechas, hizo todo lo posible para ganar el proyecto del edificio de la CCTV, la Televisión Central China. Koolhaas, divertido, alguna vez mencionó que la decisión la tomó cuando leyó una galleta de la fortuna que decía: “Soberbios Omnipresentes Maestros hacen de la memoria carne molida.” Un guiño profético a lo que sucedió eventualmente: Daniel Libeskind ganó el proyecto de la Freedom Tower y al poco tiempo David Childs y su despacho SOM se lo arrebató. Actualmente, Koolhaas está por terminar el paradigmático rascacielos de la CCTV, al tiempo que la Freedom Tower aún se encuentra en cimientos. Al parecer fue una buena elección, benditas galletas de la fortuna. Mientras en Nueva York un proyecto puede tardar años en ser discutido, consultado con decenas de entidades, replanteado y autorizado, en China todo se hace sobre la marcha, con velocidad, abundancia de mano de obra y la ansiedad de nunca saber quién está dirigiendo la orquesta. Como lo resume Juan Carlos Sancho, arquitecto español con varios proyectos en China, hay cuatro premisas básicas que hay que entender para trabajar allá: no existen modelos estéticos, no hay procesos ni proyectuales ni reales, no hay sistemas identificables y no hay situaciones estables. Cada quien es responsable de descifrar los códigos. Eso sí, la máquina no para. Tampoco espera.

De esta manera, la experimentación formal y las proezas tecnológicas en la arquitectura han aparecido con total libertad: el Estadio Olímpico de Pekín de Herzog & De Meuron, el Aeropuerto de Pekín de Norman Foster, el Cubo de Agua de PTW, el Teatro Nacional de Paul Andreu, el World Financial Center de Shanghái de KPF, etc. Todas estas son obras que no podrían existir en otro país con un sistema de producción distinto. Reflejan la grandilocuencia de su tiempo. Sin embargo, dentro de toda la vorágine se percibe algo de ceguera, algo de espejismo chino. Ian Buruma es preciso: “Es difícil imaginar en los años setenta a un arquitecto europeo famo-



Estadio Olímpico: arquitectura del poder.

so proyectando una estación televisiva para el régimen de Pinochet sin perder toda su credibilidad. ¿Por qué entonces hacerlo hoy en China se ve bien?” Es verdad. ¿Tan cínicos nos hemos vuelto? ¿Alguien recuerda Tiananmén? ¿A alguien le importa? El Nuevo Oriente se asemeja al Viejo Oeste: todos han llegado a probar fortuna a una tierra sin ley; deben saber maniobrar entre la especulación y la corrupción, aprovechar las oportunidades, apostar con todo y tener muy presente que la casa siempre gana.

El entusiasmo es contagioso. El aprendizaje también. Esta política de puertas abiertas ha sido provechosa en otro sentido: ha provocado que las propuestas arquitectónicas más interesantes provengan de arquitectos chinos que comienzan a tener proyección mundial con encargos más bien modestos, como por ejemplo, Liu Jiakun, creador del Museo de Escultura Luyeyuan de Xinmin, y Yung Ho Chang, director del Atelier FCJZ, que retoman ciertos elementos de la arquitectura tradicional china, como los patios, los espacios de transición, la superposición entre interiores y exteriores, para abstraerlos y crear una arquitectura contemporánea sobria, ligada al paisaje. O también Ai Wei Wei, personaje multifacético que fue colaborador de Herzog & De Meuron en el Estadio Olímpico, cuyas obras son intervenciones puntuales

insertadas en el paisaje y que ha reunido a varios arquitectos de todo el mundo para hacer pequeñas intervenciones aisladas en el Parque de Arquitectura de Jinhua. Curiosamente, ese es otro tema recurrente en los nuevos experimentos chinos: hacer recopilaciones de arquitectos reconocidos y ponerlos a todos juntos con mayor o menor fortuna. El más conocido es la Comuna de la Muralla China, irónicamente, un conjunto de doce villas privadas diseñadas por doce arquitectos asiáticos. Una colección privada de arquitectura con vistas a la Muralla China. Pinceladas exquisitas para los nuevos ricos chinos.

Sin embargo, la fuerza se encuentra en otros lados, en la presa de las Tres Gargantas, por ejemplo, o en las aglomeraciones urbanas, caóticas, incomprensibles, poseedoras de una energía que en Occidente aún no terminamos de asimilar. Quizás estamos ante la transformación radical de las formas de convivencia humana, la convivencia posturbana. Sólo nos queda observar estupefactos o participar sin tener una idea clara de lo que está sucediendo, como se pregunta Rem Koolhaas: “¿Tenemos derecho a hacer todo este trabajo a esta escala tan grande sin tener siquiera una opinión acerca de cómo debería ser el mundo? Y sin embargo, ¿tenemos tiempo para hacer un manifiesto? No lo sé.” –

– JUAN CARLOS CANO

SEP GOBIERNO FEDERAL

¡APÚNTATE!

Más de 35 mil jóvenes instructores atienden la educación de niñas y niños en las comunidades rurales más apartadas del país

Vivir Mejor CONAFE

01 800 624 87 33
www.conafe.gob.mx

Newseum

La mayoría de los museos suelen ser espacios de prohibición donde nada se toca, poco se habla y apenas se escucha. El Newseum de la capital de Estados Unidos es una provocación a los sentidos. Podría ser también una demostración de poderío: tal vez no es una casualidad que en el país que posee más periódicos, televisoras, revistas y estaciones de radio en el planeta, el museo dedicado a la noticia se levante con cierta arrogancia entre la Casa Blanca y el Capitolio.

Desde la puerta de entrada, con el despliegue de las primeras planas de periódicos estadounidenses, inicia un bombardeo que a cada paso te recuerda que estás en un templo levantado para rendir homenaje a la noticia y su carácter universal, aunque por momentos también se convierte en una galería de la falibilidad probada de los medios (incluso los más prestigiados) y del daño que con frecuencia suelen provocar el amarillismo y los errores producidos por los responsables de mantener informadas a las sociedades.

En el museo no hay sala ni pasillo libre de voces en *off* y fotografías que hacen reír y llorar; de escenas de eventos históricos proyectadas en pantallas de todos los tamaños; y de objetos de la noticia en exhibición tan extraños como una puerta de metal y unas pantuflas, o tan espectaculares como varias paredes y una torre de vigilancia que pertenecieron al Muro de Berlín. Ah, y por supuesto, miles de tapas de periódicos distribuidas por todas partes: en diminutas pantallas digitales, encapsuladas en vitrinas plásticas y sobre las paredes. Hay titulares escritos hasta en los muros de los sanitarios.

Lo primero que sorprende del museo de la noticia de Washington son sus dimensiones. Es inevitable vincular su fachada monumental y sus siete pisos de altura con la espectacularidad de la industria del entretenimiento estadounidense, un monstruo millonario que se mueve a golpes de *ratings* y escándalos privados que se vuelven espectáculos públicos. El museo se asemeja a una caja de zapatos gigante construida con quinientos millones de dólares, en acero y cristal, cuyo carácter se aproxima más a los parques de diversiones californianos que a la idea más rigurosa de un museo convencional.

Por ejemplo, cuando estás en la sala que proyecta un filme en cuarta dimensión, puedes sentir en la butaca el temblor de las explosiones provocadas por un bombardeo aéreo en Londres en la Segunda Guerra Mundial, mientras un legendario reportero transmite micrófono en mano desde el techo de un edificio desde el cual se avista la ciudad en ruinas.

En otras áreas, el toque del dedo índice sobre una pantalla líquida puede trasladarte en segundos a la época en que las noticias se difundían por medio de *newsreels*, los noticiarios de nueve minutos que se proyectaban en las salas de cine a principios del siglo XX; a la Segunda Guerra Mundial, al ascenso de Hitler al poder y a la matanza en el Tecnológico de Virginia.

Una mañana de jueves de mayo el Newseum recibía la visita de cientos de escolares de educación elemental y otros de enseñanza secundaria. Los guías, que visten unas inconfundibles chaquetas verdes, sugieren observar el museo en un recorrido de espiral descendente. Para hacerlo hay que bajar al sótano y abordar unos gigantescos elevadores hidráulicos. Aquel día un racimo de mujeres adolescentes en minifalda se pasmó en uno de los extremos del primer piso. Todas miraban sin decir una palabra los ocho bloques de concreto que tenían enfrente. Cada uno pesa tres toneladas, se levanta tres metros de alto desde el piso y fueron traídos desde Alemania. Se trata de la sección dedicada al Muro de Berlín. Es un espacio acondicionado de manera que puedes tener alguna sensación de lo que era estar dentro, o fuera, de sus límites:

Si estás de pie frente a lo que sería la parte frontal de las paredes, puedes ver los grafitis que los artistas Thierry Noir y Jurgen Grosse dibujaron algún día tras burlar la vigilancia de la Alemania del Oeste; también, algunas frases en inglés: “Tú eres el poder”, “Paso por Paso” y “Reaccionemos”.

Si caminas un poco y rodeas las paredes podrás descubrir del otro lado, en un salón que produce una sensación de encierro, la textura desnuda y gris de los muros, los muros silenciosos que se levantaban del lado de la Alemania del Este. Si volteas encontrarás a tu espalda una torre de diez metros de altura con una ventana de vigilancia en la parte más alta. Es el sitio desde el cual los soldados disparaban a las personas que intentaban cruzar.

Esa torre es la única en Estados Unidos de un total de trescientas que se extendían a lo largo del Muro de Berlín. Si entras en ella escucharás una grabación con sonidos que te remitirán a esa época: aullidos de sirenas policíacas, tableteo de metrallas, el golpe uniforme de las botas militares sobre el piso. “Es aterrador”, dijo una mujer joven que no soportó ni diez segundos dentro.

Unos elevadores hidráulicos te conducen al quinto piso, la galería de la historia, donde más de treinta mil portadas de periódicos de todos los tiempos descansan en unas vitrinas horizontales y translúcidas. Una de ellas muestra el cuerpo



Newseum: templo de la noticia.

desnudo de Lee Harvey Oswald sobre la plancha de una morgue. En el medio de la galería, unas pantallas digitales exhiben los nombres y biografías breves de cientos de personajes de la noticia en el mundo. Ahí están algunos mexicanos: Emilio Azcárraga, Agustín Casasola, Ricardo Flores Magón, Alejandro Junco, Julio Scherer e Ignacio Lozano, que fundó los diarios latinos *La Prensa* y *La Opinión*.

Tras una vitrina de cristal se aprecia una puerta amarilla un poco maltratada y con unos raspones verdosos. Colocados con pegamento, se ven dos letreros de papel que prohíben abrirla. Por esa puerta pasó uno de los escándalos más grandes de la historia de Estados Unidos: el Watergate. Detrás de ella, un guardia encontró a cinco personas escondidas bajo unos escritorios en las oficinas del Partido Demócrata. Después se supo que eran espías y más tarde, como muestran las imágenes de un monitor instalado en lo alto de la vitrina, el presidente Nixon se vio obligado a renunciar.

La puerta fue confiscada por el FBI en julio de 1973, y años más tarde devuelta a los propietarios del edificio Watergate. El Newseum la exhibe ahora junto con otros objetos extraños que son apreciados casi con curiosidad voyeurista por algunos visitantes: el cuaderno de apuntes en el que el reportero

Michael Isikoff escribió por primera vez el nombre de Monica Lewinsky antes de exponer al mundo los escándalos sexuales del presidente Clinton; las pantuflas rojas que Ana Marie Cox utilizaba para escribir desde su casa el afamado blog político *Wonkette*, y los apuntes ininteligibles del periodista Ike Pappas el día que vio a Jack Ruby disparar a Lee Harvey Oswald en un garaje policíaco.

Hay otros espacios y piezas sobresalientes en el museo: una tabla con inscripciones hechas por los sumerios hace 3,262 años; la galería dedicada a los premios Pulitzer, con cientos de fotografías, videos y testimonios de fotógrafos de tragedias, guerras y subculturas poco exploradas (un pueblo de *cowboys* donde un hombre está obsesionado con pilotear un helicóptero sobre sus vacas); una sección que muestra algunas vergüenzas del periodismo –las invenciones de Jayson Blair en *The New York Times* y un titular que anuncia el triunfo de Charles Hughes en la elección de 1916, que ganó Woodrow Wilson– y una área dedicada a los atentados terroristas de 2001 que exhibe las ruinas de una antena y las tapas de periódicos de todo el mundo aquel día, incluido uno que tituló: ¡Bastardos! –

– WILBERT TORRE

Hellboy y el libre albedrío

Uno es feo y el otro un *playboy*. Uno es de estirpe divina y el otro llegó al mundo sin un solo poder. Los dos tienen complejos y deseos de vengar al padre. Sus neurosis y manías los vuelven memorables –y no sólo salvadores del mundo. Más bien, las neurosis y manías de los directores encargados de su adaptación del cómic al cine: como una excepción a la regla, *Hellboy*, de Guillermo del Toro, y el *Batman* de Christopher Nolan (mucho más que el de Tim Burton) son superhéroes de autor.

Las secuelas a sus primeras partes –*Hellboy II: el ejército dorado* y *El caballero de la noche*– llegaron a las salas de cine con una semana de diferencia. Y en ese orden, cosa que en estos casos determina su tiempo de vida en la memoria colectiva. Por esta y por muchas otras razones (cómo superar la magia de ver a Heath Ledger, q.e.p.d., en maquillaje de Guasón), es seguro que a estas alturas el murciélago ya habrá desplazado al demonio como tema de conversación.

Hay escenas, sin embargo, que trascienden las películas y son manifiestos en código de algo mucho mayor: en este caso, de la legendaria resistencia de Guillermo del Toro a matizar la crueldad de su imaginario fantástico, y de su capacidad para ser subversivo y no sólo provocador. Llamémosla la “escena de la especie en extinción”. Antes de llegar a ella, *Hellboy II* despeja cualquier duda sobre la inventiva del director. Con sólo setenta millones de dólares –en sus propias palabras, mucho dinero para gastarse en un día pero poco comparado con otros *blockbusters* de acción– Del Toro trama una batalla entre todas las especies concebidas: elfos, trolls y otros regulares de la mitología fantástica (el pie de una vez puesto en su próximo proyecto, *El hobbit*), neoyorquinos que andan en metro (desde *Mimic* advertidos de las cosas que pasan ahí) y las criaturas reclutadas por el Buró de Defensa e Investigaciones Paranormales de Estados Unidos (monstruos, extraterrestres y engendros de la mitología popular). Estos últimos son liderados por la estrella de la película, un personaje de cómic, parte engendro nazi y parte hijo de Satán. Según se plantea en la primera entrega de la serie, *Hellboy* (2004), el demonio fue invocado por una sociedad ocultista durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces todavía un bebé, el niño del infierno fue encontrado por un grupo de soldados americanos y criado como un hijo por el profesor Broom (John Hurt). A pesar de su naturaleza demoníaca (y su color rojo vivo, los cuernos y la cola), *Hellboy* fue educado bajo la fe católica de su padre adoptivo y entrenado para ayudar al gobierno de su país a controlar catástrofes con perfil paranormal.

La representación visual de *Hellboy* ya le había costado a Del Toro una que otra sugerencia creativa. Cuando, hace ya más de una década, el director mostró interés en adaptar el cómic de Mike Mignola no se avistaban *El laberinto del fauno*, las nominaciones al Óscar ni el triunvirato de los Tres Amigos. Fue hasta que



Hellboy o cómo creer en el demonio.

su trabajo como director de *Blade II* (2002) reveló su potencial taquillero que Columbia aceptó financiar el proyecto (aunque se desinteresaría por la secuela). El estudio creía contar con un margen de disuasión; por ejemplo, para hacerlo reconsiderar su elección de Ron Perlman para encarnar a *Hellboy* y contemplar mejor un nombre como Bruce Willis. También creía contar con un margen para discutir qué tan bueno sería que el diablo pareciera diablo. Se le consultó a Del Toro si creía imprescindible que su personaje tuviera cola o que fuera de color rojo.

Si había riesgo en las connotaciones religiosas, políticas o –todo es posible– de género, fue algo que Del Toro se rehusó a considerar. Su diablo sería rojo, tendría cola y cuernos y se llamaría Niño del Infierno. Además, sería fumador compulsivo de puros, tendría problemas de canalización de ira, despreciaría la autoridad y –se descubre en la secuela– almacenaría *six packs* de Tecate en su *locker* del Buró. Y, por razones que no se deben revelar antes de tiempo, lleva en su muñeca (gruesa y roja) un rosario enrollado con el crucifijo colgando.

Visto en retrospectiva, quizás el problema no era que un demonio encarnara a un héroe (nada los entusiasma tanto como un malo convertido); el problema, común en años recientes, está representado por la especificidad de las cosas y las consecuencias que acarrea nombrarlas o señalarlas. Tal vez si el Mal fuera identificado con una sola religión, esa comunidad se indignaría por la responsabilidad que se les adjudica, y todas las demás por la autoridad que se les niega. Y así con cada cosa. Una especulación sin fin.

Pero Hollywood ha probado su habilidad para desactivar bombas. Una y otra vez ha acogido las películas que lanzan

dardos críticos (al sistema, al gobierno, a sí mismo) y luego las ha premiado en la ceremonia que representa *al statu quo*. Si todo cabe en el rubro de autocrítica, autoparodia o arrepentimiento histórico, es difícil dar con un tema que pueda ser considerado tabú.

De vuelta a la “escena de la especie en extinción”. Trepado en un edificio, y para horror de los neoyorquinos que pasan por ahí, Hellboy se debate entre salvar al bebé (humano) que sujeta con su cola (por algo era importante que tuviera cola) o dispararle a una planta gigante, muy muy violenta, que amenaza con devorarlo a él, al bebé y muy probablemente a todos los demás. No habría dilema a la vista de no ser porque la planta enojada es nada menos que el Dios del Bosque, un ente alborotado por el príncipe de los elfos, dispuesto a romper la tregua entre humanos y criaturas fantásticas que su padre, un rey sabio, había acordado hace mucho tiempo. El príncipe quiere disuadir a Hellboy de matar a la planta con argumentos que hoy en día ni Dios podría refutar: todas las especies son necesarias para el equilibrio del mundo, y tanto él como el demonio y todas las criaturas necesitan hacer contrapeso a la tiranía de la raza humana.

Hellboy lo piensa un instante y toma su decisión. Una bala dirigida al centro de la cabecita furiosa (o el cáliz) ter-

mina con la vida del Dios del Bosque. Hellboy ha rematado una especie en extinción (y encima mitológica). De paso, ha dado un giro interesante al ejercicio del libre albedrío inculcado por su padre adoptivo y usado hasta ese momento sólo para desmarcarse de su naturaleza diabólica. Acción determina carácter, y la de Hellboy lo confirma como un verdadero cabrón.

La escena es bella y el desenlace brillante. Genera una catarsis que tiene menos que ver con un espíritu anticológico que con atestiguar la transgresión de las reglas que, en cada época, suelen supeditar el arte al discurso incuestionable en turno. Aunque el sentido común diga que un narrador es ético siempre que no traicione la verdad de su relato, no falta quien llamará “asesino” a todo el que mate algo verde (producto de la clorofila), aun si ese algo verde es enemigo de la humanidad.

El demonio que fulmina a la planta (y no en vano sino para salvar al hombre) es la metáfora mejor camuflada y más elocuente del perfil de un director íntegro, en general, y de Guillermo del Toro, en particular. Más dionisiaco que no, reacio a las visiones idílicas y desconfiado de los príncipes elfos que buscan empujar su agenda con el sobado argumento: “Lo que nos conviene a los dos...” –

– FERNANDA SOLÓRZANO

CALENDARIO ESCOLAR 2008 - 2009

AGOSTO 2008

D	L	M	M	J	V	S
				1	2	
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30
31						

SEPTIEMBRE

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6		
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

OCTUBRE

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4				
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

NOVIEMBRE

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30						

DICIEMBRE

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6		
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	31			

ENERO 2009

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

FEBRERO

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	

MARZO

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

ABRIL

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4				
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30		

MAYO

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

JUNIO

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6		
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

JULIO

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

Justo Sierra Méndez
(1848 - 1912)

ANEXO DE CURSOS

FIN DE CURSOS

SUSPENSIÓN DE LABORES DOCENTES

SUSPENSIÓN PROGRAMADA POR RACIONES DE ORO Y PUNTALES

RECESO DE CLASES

EXAMENES

SEMANA NACIONAL DE LA EVALUACIÓN

SEMINARIOS GENERALES DE ACTUALIZACIÓN PARA MAESTROS DE EDUCACIÓN BÁSICA

SOLICITUDES DE PROMOCIÓN A PREESCOLAR, PRIMER GRADO DE PRIMARIA Y PRIMER GRADO DE SECUNDARIA PARA EL CICLO ESCOLAR 2008-2009

www.sep.gob.mx

¡VIVIR MEJOR!

Batman: El caballero de la noche

de Christopher Nolan

Mucho más pirotécnica que *Batman inicia*, salpicada de proezas inverosímiles (aun en su caso) y de cavilaciones reiterativas sobre la ética imperfecta y ambigua del justiciero, *El caballero de la noche* pierde en tono y contención. La incorporación de dos villanos—el Guasón y Harry Dos Caras—multiplica el número de personajes y tramas, volviendo necesario el bombardeo (eso sí, impecable) de acción. El hallazgo de esta secuela es el Guasón construido por Heath Ledger. Más allá del fenómeno mórbido (un personaje siniestro interpretado por un actor que morirá meses después), el trabajo de Ledger opaca al del resto del reparto. Sensacionalismo y sensiblerías aparte, se lamenta la pérdida de un actor que esta película confirma como uno de los mejores de su generación. —

— FS

La asesina perfecta

de Olivier Assayas

El director francés Olivier Assayas ganó notoriedad con *Demonlover*, un filme sobre la guerra corporativa en la industria del porno. Desde entonces, se ha vuelto un regular en el festival de Cannes y sus películas no pasan desapercibidas. Sus historias se distinguen por plasmar personajes femeninos complejos e impactantes. En *Clean*, la china Maggie Cheung interpretó a una madre drogadicta y eso le valió el premio a mejor actriz en el mencionado certamen. Ahora, *La asesina perfecta* (*Boarding Gate*), confirma a la italiana Asia Argento como una de las actrices jóvenes más arriesgadas e inquietantes de la actualidad. Su papel de una amante con tendencias sadomasoquistas es lo mejor de esta cinta en la que el amor es sólo un pretexto para que los personajes exploten sus tendencias violentas. —

— BE



El Guasón y, de pie, personaje no identificado.

La vida detrás de sus ojos

de Vadim Perelman

Uma Thurman interpreta a Diana, una joven ama de casa con una vida aparentemente perfecta que, sin embargo, vive atormentada por un suceso trágico ocurrido en su escuela cuando era estudiante. El día en que se conmemoran quince años del suceso, Diana recuerda a su amiga Maureen, su amistad con ella y el papel que ambas desempeñaron en esa jornada fatal. El director Vadim Perelman, quien debutó con la notable *La casa de arena y niebla*, demuestra su oficio con este drama acerca de los remordimientos del pasado, las decisiones que se toman y afectan irremediablemente la vida, y sobre cómo imaginamos nuestro destino si las cosas hubieran sido diferentes. Destacan las actuaciones de Evan Rachel Wood (*A los trece*) y Eva Amurri (hija de Susan Sarandon), dos de los talentos emergentes en Hollywood. —

— BE

Familia tortuga

de Rubén Imaz

Familia tortuga se distingue de otras películas recientes sobre familias lacónicas, en general, y afectadas por la muerte de uno de sus miembros, en particular. A diferencia de este tipo de filmes, la ópera prima de Rubén Imaz narra la historia de personajes con un secreto o pasado turbulento privado que, sin ser explícito, interesa al espectador. Una pareja de hermanos, su padre y un tío, comparten la misma casa pero casi desconocen la vida del otro. Pocos y fragmentados, los diálogos sugieren la existencia de identidades reprimidas. A la luz de tan buena construcción de personajes, el cierre de la historia peca de laxitud. Cabe esperar de Imaz capacidad para, en adelante, llevar sus relatos hacia un desenlace audaz. —

— FS

La señal

de David Bruckner, Dan Bush y Jacob Gentry

Este filme independiente es un interesante experimento: consta de tres partes, cada una de las cuales fue escrita y dirigida por un cineasta diferente. Y el resultado es desconcertante, pero efectivo. El primer segmento es horror clásico; el segundo, humor negro, y el tercero, ciencia ficción. Todo gira en torno a una señal maligna que se emite en los televisores, teléfonos celulares y la radio, haciendo que las personas se vuelvan agresivas, desatando un caos apocalíptico. Un puñado de personajes se las arregla para sobrevivir, mientras vemos sus historias contadas desde distintas perspectivas. Un filme entretenido y original, con genuinos momentos estremecedores, que viene a refrescar a un Hollywood cada vez más carente de ideas nuevas, sobre todo en el género del horror y los zombis. —

— BE